Miren Doiz: aquí nada se tira

Organizamos nuestra vida alrededor de términos tan genéricos como espacio y tiempo. La obra de Miren Doiz es temporal. El lugar de presentación, la duración de la pieza a la vista del público, le vienen dados. Y a su vez, estos factores son los generadores de inspiración. El contexto es de vital importancia en la obra de Miren Doiz, casi hasta poder decir que sin el protagonismo del lugar, de un espacio determinado, su obra no puede existir. En función del lugar donde su obra se muestra se establece la relación de esta con el espectador, generando nuevas posibilidades sobre una realidad espacial previamente existente. O bien esta realidad espacial puede desaparecer, oculta y camuflada bajo la obra de la artista.

¿Cuál es la temática en la obra de Doiz? El tema queda presentado en un contexto que abarca mucho de sociológico, a la vez que de geopolítico. Doiz trabaja en una arqueología del momento y el lugar. Donde las diversas partes arman un todo que se ha dado en llamar "instalación pictórica" y en la que vamos encontrando capas o estratos, más o menos recientes, todos ellos con diferentes significados.

Para Doiz es importante vivir y experimentar los sitios donde su obra va a tener lugar. La arquitectura es un lenguaje y una herramienta funcional de gran utilidad en su trabajo. Los componentes espaciales importan, su articulación y calidades. El estudio deja de ser el lugar de producción para pasar a centro de ensayos.

La obra de Doiz está relacionada con el presente inmediato y real, juega con el aquí y el ahora de una manera física. Esa inmediatez del lugar, transmitida al público, es lo que genera un dinamismo en la exploración de la pieza. La pintura de Doiz deja de ser estática por esa mimetización con el lugar de exposición, en lugar de ser a la inversa, que es el modelo clásico, el del cuadro colgado para su presentación. Así, la función es exploratoria, más cercana al "street art", ligada a esa relación ya mencionada espacio-tiempo. La pintura adquiere una fisicidad, se materializa y cobra vida, resultando una experiencia mucho más perceptible para el espectador porque de alguna manera le envuelve. Los límites clásicos de la pintura se rompen aquí para conformar un todo. El mensaje llega de otra manera, no como signo, abriendo el ojo del espectador a un abanico de posibilidades –y de interpretaciones- más amplio que lo representado en el límite de un marco. Más cercano a una realidad vital que intelectual.

El trabajo de Doiz es en apariencia sencillo, de alguna manera minimalista, aprovechando lo existente para darle una mano de colores y transformarlo. Menos en pintura, el ahorro es máximo. En el proceso de pintar, los botes y los pinceles chorrean, quedan sucios y llenos de goterones, gastados y vacíos. Ya en 2003, para Doiz estos elementos son interesantes, no desechables sino que los presenta como objetos resultantes de su quehacer. Pasa el tiempo y siguen no sólo en su cabeza, sino guardados en cajas en su estudio, pendientes de que haga algo con ellos en el futuro, de que retome estos "restos del trabajo" y los presente algún día bajo un soporte nuevo, en un proyecto todavía no realizado.

"Odio lavar los pinceles usados" dice Miren Doiz. Y añadimos: y tirar los botes de pintura gastados, y los recortes de material utilizado parcialmente, que guarda y después recicla en primorosos collages que también podemos ver en el Muico. De perfectas armonías de colores

y formas, estas obras de pequeña escala son muestra de un trabajo más refinado, obligatoriamente más pensado, cuyos componentes salen de una cajita que la artista atesora. Nada se tira en el estudio de Doiz, todo se aprovecha y recicla, y estos collages son referencias a su pintura, no son ejercicios de trabajo, son obras en sí, perfectamente terminadas.

2005 es el año que marca las primeras obras definitivamente características de Doiz, los llamados "Cuadros habitados", donde en un ambiente totalmente pintado -techo, paredes y suelos- aparecen fotografiados sus amigos y parientes, acogidos al "mundo Doiz".

En 2007, fruto de una carambola de suerte afortunada, a Doiz le dejan temporalmente un palacete en Pamplona y concibe el proyecto Capriccios, consistente en intervenir a su gusto durante un mes, es decir, hacer lo que le da la gana, incluso tirar botes de pintura por el hueco de la escalera del último piso hasta abajo, para ver el comportamiento de este asunto, a modo de Pollock en 3D o un de Kooning en ataque creativo salvaje.

En el trabajo de Doiz se mezclan las actuaciones en lugares con ciertas características propias que delimitan, acotan y a la vez enriquecen su trabajo, y las oportunidades o retos de hacerlo en espacios tipo cubo blanco (galería y/o stand de feria). En estos últimos, Doiz tiene que acomodar su trabajo pictórico con un decorado irreal y no le molesta, y no queda artificial, pues con pocos y simples elementos su obra queda igualmente tan bien resuelta como en un lugar con elementos preexistentes. En estas mencionadas "recreaciones" o lugares neutros donde Doiz ha creado desde cero una instalación pictórica, lo real y lo ficticio se mezclan de manera muy natural.

Entre los diversos lugares intervenidos por Doiz se localizan, entre otros, un autobús abandonado en un pueblo en Navarra (El bus de Juan), el despacho de su galerista, e incluso la casa e un coleccionista, donde fue invitada a intervenir y acabo pintando… hasta el piano del dueño de la vivienda. Hay una excepción a la regla: la casa propia. En cierta ocasión, a falta de otra alternativa, Doiz pintó el espacio que habitaba, y terminó por agobiarse. En su búsqueda de una suma confortable de realidad e irrealidad, esta fórmula falla para la propia artista en su hogar.

El trabajo de Miren Doiz -*pintura habitada* la llama muy acertadamente Pablo Flórez- se abre camino a base de brochazos fulgurantes, definitivos, manchas de color de extensión indefinida hasta un límite preciso, salpicados y toques de cinta adhesiva, linóleos y otros materiales efímeros que la artista selecciona con precaución y delicadeza, frente a la apariencia desordenada y anárquica del resultado. Doiz reviste lo banal, lo aséptico y reconocible de una habitación, con una capa personal de colores en una especie de accidente perfectamente controlado, donde lo que se derrama no es casual nunca. Imposible confundir sus intervenciones con decoraciones a la moda para revistas, más bien al contrario: ¿quién ha hecho esto? ¿quién ha sido? ¿quién se ha atrevido? Ha sido Doiz, dando vida a lo que el espacio, mucho o poco, le ha inspirado.

Es obvio que la fotografía es importante en la obra de Doiz, dado lo efímero de muchas de sus piezas, y ante su futura e irremediable desaparición, la artista retrata el resultado de sus instalaciones. La fotografía es pues, prueba de su corta existencia, intermediaria de su obra, como la autora gusta de definirla y a la vez, testimonio documental de lo ocurrido.

Cada foto final es una nueva pintura para Doiz, una extracción a modo de cuadro de lo que fue un todo y ahora está destruido, es decir, el trabajo al revés: la exposición inicial es una intervención completa, y de ella se salvarán piezas individuales a modo de fotografías, en lugar de formar, al estilo tradicional, un todo con las varias partes que se traen ya realizadas del estudio y llenan el espacio expositivo. De la pintura expandida original en tres dimensiones, al soporte bidimensional de la fotografía, a modo de cuadro.

La intensidad, tanto en el formato, como en la idea y en el resultado, es motor del trabajo de Doiz, que no permite que nada se escape a sus brochazos: suelo, techo, paredes y también lo que se ponga por delante: muebles, libros y cualquier otro objeto en el camino es atacado por el pincel lleno de color. Citamos a la artista hablando del tema de la importancia del cromatismo en su obra: "Suelo servirme de manera más bien intuitiva del color y de la abstracción para modificar el espacio, como si de un lienzo se tratase" (…) "La carga emocional de los colores deja su influencia sobre los espacios, aportando una realidad ahora en parte modificada" (…) "Se podría decir que la parte del color es más racional, más concreta, mientras que la pincelada correspondería a mi parte más impulsiva, más irracional y más enérgica" (…) "La experimentación en mi obra viene marcada por el color, por la pura pintura, por una abstracción bastante gestual y potente. Creo que la parte de figuración, de formas reconocibles e incluso de relato la aporta el espacio, los objetos y quienes habitan este espacio".

La propia Doiz nos habla del expresionismo abstracto y el informalismo como referentes a la hora de pintar, de su modo de pintar, pero pasa a mencionar a Jessica Stockholder, Franz Ackermann y Katerina Gross cuando se refiere a los resultados.

Actualmente en su estudio descansan planchas de pladur recogidas en la calle, abandonadas de alguna obra, con trozos de pintura y papel de paredes semiarrancado, en estado de ruina perentoria, a la vista de Doiz todos los días, mientras piensa cómo darles forma, cómo hacerlos suyos, si dejarlos arrumbados en el suelo o subirlos a la pared y colgarlos a modo de cuadros... todo llegará.

Para la exposición que presenta en el Muico, a Doiz se le ha adjudicado un espacio grande, donde existen unos elementos de cierto interés para la artista: una gran pared cubierta con un espejo y una serie de columnas entre dicha pared-espejo y otra pared normal. En el momento de escribir estas líneas, la artista prepara su instalación, para la que tendrá un plazo de dos semanas de intenso trabajo.

Realidad-irrealidad es un paradigma del que Doiz gusta de hablar cuando se refiere a su trabajo. Cotidiano y paranormal podemos añadir a esta subversión de los parámetros de la pintura con que la artista se maneja como pez en el agua. Quiere que miremos su pintura de otra manera, participando de su tridimensionalidad, rompiendo el esquema espectador-observador, jugando con la ilusión y provocándonos a ser parte escénica del cuadro.

Virginia Torrente